

Por fin, Mr. Dowler pareció agradecido á tanta magnanimidad, y los dos beligerantes se separaron por la noche con mil protestas de enérgica amistad.

Era la media noche, y Mr. Winkle gozaba de las dulzuras del primer sueño, cuando fué despertado por un violento golpe dado en la puerta y repetido inmediatamente después con tal vehemencia, que se estremeció en su lecho y preguntó con ansiedad quién estaba allí y qué quería.

—Un joven que desea veros, — respondió una criada.

—¡Un joven!

—No hay error, caballero, — respondió otra voz al través del agujero de la cerradura; — y si este interesante joven no entra sin dilación, derribará al puerta.

Al mismo tiempo, el desconocido dió un golpe con su pie en la puerta como para dar más fuerza á su insinuación.

—Sois vos, Sam? — preguntó Mr. Winkle saltando de su lecho.

—No es posible reconocer á una persona sin ver su cara, — respondió la voz en tono dogmático.

Mr. Winkle no teniendo duda de la identidad del joven, corrió los cerrojos y abrió.

Sam entró precipitadamente, cerró la puerta por dentro, guardó la llave en el bolsillo, y después de examinar gravemente á Mr. Winkle de los pies á la cabeza, le dijo:

—Os estáis portando bien, caballero.

—¿Qué significa esta conducta? salid inmediatamente, caballero.

—¡Que qué significa! pues es chistoso.

—Abrid la puerta y salid de aquí inmediatamente.

—Yo saldré de aquí en el momento en que vos salgáis, — dijo Sam con voz imponente y sentándose con gravedad; — permitidme esperar que me obligaréis á adoptar un partido extremo.

Al concluir estas palabras, Sam plantó sus manos en sus rodillas, y miró cara á cara á Mr. Winkle con una expresión de fisonomía, donde se podía leer fácilmente que no tenía ganas de broma.

—Sois un joven amable, — continuó; — no hay duda, habéis sabido enredar á nuestro patrono en una serie de intrigas, cuando él lo sacrifica todo á los principios. Sois peor que Dodson y peor que Fogg. Me parecen ángeles junto á vos.

—Mi buen Sam, — dijo Mr. Winkle tendiéndole la mano; — yo respeto vuestra adhesión á mi excelente amigo, y siento muchísimo haber aumentado su inquietud. Vamos, Sam, vamos.

Hablando así sus dientes chocaban de frío, porque

había permanecido en pie y con su traje de dormir.

—Buena es la enmienda al fin, — respondió Sam, sacudiendo la mano que Mr. Winkle le ofrecía.

—Ciertamente, Sam, ciertamente. Ahora, id á acostaros, y hablaremos de eso mañana.

—Lo siento mucho; pero no puedo ir á acostarme.

—¿No podéis ir á acostaros?

—No, no es posible.

—¿Os volvéis esta noche? — exclamó Winkle sorprendido.

—No señor, yo no he de salir de esta alcoba. Las órdenes del amo son terminantes.

—Vamos, Sam, vamos. Es preciso que yo esté aquí y que vos estéis también para ayudarme á emprender una aventura con cierta joven... miss Allen, Sam. ¿Os acordáis? Es preciso que yo la vea, y la veré antes de dejar á Bristol.

Pero en respuesta á estas súplicas, Sam sacudió la cabeza enérgicamente y dijo con firmeza:

—No es posible, no es posible.

Sin embargo, después de muchos argumentos y protestas por parte de Mr. Winkle, después de una exposición completa de todo lo que había pasado en su entrevista con Mr. Dowler, el fiel criado empezó á vacilar. Al fin, las dos partes hicieron un contrato, cuyas principales cláusulas son las siguientes:

Que Sam se retiraría y dejaría á Mr. Winkle la libre posesión de su cuarto, con la condición de cerrar la puerta por fuera y llevarse la llave; que Mr. Winkle escribiría al día siguiente á Mr. Pickwick una carta, que le sería entregada por Dowler, y en la cual le pediría para él y para Sam permiso para quedarse en Bristol á fin de consagrarse al objeto indicado; que si la licencia era concedida, las partes contratantes permanecerían en Bristol; que si no, volverían á Bath inmediatamente; y en fin, que Mr. Winkle se comprometía solemnemente á no procurar escaparse ni por la ventana, ni por la chimenea, ni por otra parte cualquiera.

Ratificado el contrato, Sam cerró la puerta y se fué.

CAPITULO XXXIX

Sam Weller, honrado por una misión de amor, se ocupa en ejecutarla

Durante todo el día siguiente, Sam tuvo los ojos constantemente fijos en Mr. Winkle, determinado á no per-

derle de vista hasta recibir nuevas instrucciones. Por desagradable que fuera para el prisionero aquella tenaz vigilancia, se decidió á soportarla antes que esponerse á ser llevado violentamente.

Es probable que Sam hubiera aplacado sus escrúpulos, llevando á Mr. Winkle á Bath, atado codo con codo, si la pronta respuesta dada por Mr. Pickwick, billete que llevó Mr. Dowler no hubiera hecho inútil aquel modo de proceder. En una palabra, á las ocho de la noche, Mr. Pickwick mismo entró en el café Bristol y dijo á Sam sonriendo que se había portado bien, y no era preciso más.

—Yo he pensado,—continuó Mr. Pickwick dirigiéndose á Mr. Winkle, mientras Sam le quitaba su redingote y su tapabocas—yo he pensado que haría bien en venir yo mismo, á asegurarme de que vuestras intenciones respecto á esta joven son honradas y serias, antes de consentir en que Sam se ocupe en este asunto.

—Son honradas y serias,—replicó Mr. Winkle con gran energía;—yo os lo juro con toda mi alma.

—Acordaos,—dijo mister Pickwick,—de que la hemos encontrado en casa de nuestro excelente amigo Mr. Wardle. No estaría bien mostrarse desagradecidos á su hospitalidad, tratando con ligereza las afecciones de su joven amiga. Yo no lo permitiré, caballero, no lo permitiré.

—No tengo tal intención,—exclamó calmamente Mr. Winkle.—He reflexionado durante mucho tiempo, y siento que mi felicidad consiste en ella.

Mr. Winkle siguió contando lo que había pasado entre él y Mr. Benjamín Allen relativamente á Arabella. Dijo que su principal objeto era tener una entrevista con la joven y hacerle una declaración formal de afecto. Al fin dijo que creía que el lugar de su detención le parecía ser alguna parte cercana á las Dunas, lo cual parecía resaltar de ciertas confesiones oscuras del joven Ben; pero esto era todo lo que podía sospechar.

Apesar de la escasez de noticias, se decidió que Sam partiera al día siguiente para una expedición de descubrimiento. Se convino también en que Mr. Pickwick y Mr. Winkle, que tenían menos confianza en su habilidad, se pasearían entre tanto en la ciudad, y entrarían *al azar* en casa de Mr. Bob, con esperanza de saber algo más de la joven lady. Por consiguiente Sam empezó sus pesquisas al día siguiente, sin desanimarse por las dificultades que le esperaban; marchó de calle en calle, ó más bien de aldea en aldea. Durante todo este tiempo no vió nada, no encontró á nadie que pudiera darle la menor luz en su empresa. Tuvo algunos coloquios con los mozos que paseaban sus caballos por el camino,

con las nodrizas que hacían tomar el aire á sus niños á las entradas de las casas; pero ni de los unos ni de los otros sacó nada que tuviera relación lejana con su objeto.

Había en muchas casas muchas jóvenes, de quienes los criados de ambos sexos sospechaban que tenían afecciones secretas por alguno, ó perfectamente dispuestas á aficionarse al primero que llegara; pero como ninguna de estas jóvenes era miss Arabella Allen, las indicaciones de los criados dejaban á Sam tan á oscuras como antes.

Continuó su camino al través de las Dunas, luchando contra un fuerte viento, y por el camino se preguntaba si en aquel país era siempre necesario tener el sombrero en las dos manos. Por fin llegó á un sitio sombrío, donde se encontraban esparcidas alguna quintas de apariencia tranquila y recojida. En el fondo de un largo camino, delante de una puerta de cuadra, vió un mozo de caballos.

Sam pensó que podía hablar con este mozo lo mismo que con otro cualquiera, y tanto más cuanto estaba fatigado de andar y había una gruesa piedra en la puerta de la cuadra; se entró hasta el fondo de la calle y entabló la conversación con el desenfado que le caracterizaba.

—Buenas noches dijo.

—Buenos días, querréis decir,—replicó el mozo dirigiendo á Sam una mirada de reojo.

—Tenéis razón, quise decir buenos días. ¿Cómo va?

—No muy bien, después que estáis aquí.

—Sin embargo, parece que tenéis muy buen humor; y tenéis una cara tan alegre, que da gusto veros.

Al oír esta broma, el mozo pareció más contrariado, pero no lo bastante para hacer efecto en Sam. Este le preguntó inmediatamente con gran interés si el nombre de su amo no era Walker.

—No,—respondió el mozo.

—¿Ni Broün?

—No.

—¿Ni Wilson?

—No.

—Pues entonces me engaé y vuestro amo no tiene el honor de conocerme, como creí al principio.

El mozo se preparaba á cerrar la puerta.

—No estéis al aire libre por mí — exclamó Sam.— Donde hay molestia, no hay placer; yo os excusaré.

—Y yo os rompería la cabeza por un cuarto — dijo el mozo cerrando á medias la puerta.

—No lo permito por tan poco dinero; mi cabeza vale lo menos todos vuestros salarios hasta el fin de vuestra

vida, y aun sería barata. Llevad mis cumplimientos á la familia; que no me esperen á comer y que no me aparten nada porque se enfriaría antes de yo volver.

En respuesta á estas palabras, el mozo, cuya bilis estaba excitada, manifestó gruñendo un deseo confuso de aplastar el cráneo de cualquiera. Sin embargo, desapareció sin ejecutar su amenaza, empujando la puerta tras sí y sin atender á las súplicas de Sam, que le pedía una mecha de sus cabellos para recuerdo.

Sam quedó sentado en la piedra, y continuaba meditando en lo que debía hacer. Ya había coordinado en su espíritu un plan, que consistía en tocar en todas las puertas, creyendo de este modo llegar hasta miss Arabella Allen, cuando de repente el azar le presentó lo que hubiera podido buscar durante un año sin encontrarlo.

En el camino donde Sam se había instalado, había dos ó tres rejas pertenecientes á otras tantas casas, que aunque separadas las unas de las otras, estaban tan sólo divididas por el jardín; como estos eran grandes y bien plantados, las casas se encontraban apartadas y ocultas por los árboles. Sam estaba sentado, con los ojos fijos en la puerta vecina á aquella por donde había desaparecido el mozo, y revolvió profundamente en su espíritu las dificultades de la empresa que se le había encomendado, cuando vió que la puerta á la cual miraba maquinalmente se abría, dejando pasar á una criada que iba á sacudir una alfombra.

Mr. Weller estaba tan preocupado, que probablemente se hubiera contentado con alzar la cabeza y advertir que la criada era muy linda, si sus sentimientos de galanteo no hubieran sido fuertemente excitados.

—Querida — dijo en tono respetuoso; — vais á molestaros si sacudís sola esa alfombra; dejadme que os ayude.

La joven, que había modestamente afectado no saber que había un hombre tan cerca de ella, se volvió al oír á Sam, con intención de rehusar la oferta del desconocido; cuando en lugar de responder, se estremeció, dando un pequeño grito; Sam se quedó también estupefacto, porque en la fisonomía de la criada reconoció las facciones de su amada la gentil doncella de mister Nupkins.

—¡Ah! ¡María, querida María!

—¡Señor! Mr. Weller, ¡cómo asaltáis á la gente!

Sam no dió respuesta verbal á esta queja, ni podemos decir qué clase de respuesta dió. Solamente sabemos que después de un corto silencio, María exclamó:

—Concluid ya, Mr. Weller.

El sombrero de Sam Weller había caído poco antes; por lo cual estamos dispuestos á creer que un beso ó

muchos fueron cambiados entre las dos partes.

—¿A qué habéis venido acá? — preguntó María cuando la conversación se entabló.

—Ya comprenderéis que he venido á buscaros — respondió Sam, permitiendo que su pasión excediera á su veracidad.

—¿Y cómo habéis sabido que estaba yo aquí? ¿quién puede haberos dicho que entré en casa de otros amos en Ipswick, y que después mis nuevos amos vinieron á este pueblo? ¿quién ha podido decirnos esto, Mr. Weller?

—¡Ah! sí — respondió Sam con una mirada maliciosa; — he aquí la cuestión; ¿quién puede habérmelo dicho?

—¿Ha sido Muzzle?

—¡Oh! no — respondió Sam con un movimiento de cabeza muy solemne; — no ha sido él.

—¿Habrá sido la cocinera?

—Necesariamente.

—¡Pues bien! ¡quién lo hubiera dudado!

—María, querida María — dijo Weller con ademanes excesivamente tiernos; — María, tengo entre manos un asunto sumamente importante. Hay un amigo de mi amo... ¡Mr. Winkle! ya te acordarás.

—¿El del vestido verde? ¡Oh! sí, ya me acuerdo.

—Bien; pues está horriblemente enamorado.

—¡Bah! — exclamó María.

—Sí — continuó Sam; — pero lo peor es que no podemos encontrar la dama.

Después de las muchas digresiones sobre la belleza de María y sobre los indecibles tormentos que había experimentado desde que dejó de verla, Sam hizo una relación fiel de la situación de Mr. Winkle.

—Pues es chistoso — dijo María.

—Pues heme aquí andando como el judío errante en busca de miss Arabella Allen.

—¿Miss qué? — preguntó María con gran admiración.

—Miss Arabella Allen.

—¡Bondad divina! — exclamó María mostrando la puerta por donde el mozo había desaparecido. — Vive en esa casa. Hace seis semanas que estaba allí. La doncella me ha contado todo.

—¿Cómo? ¿esa puerta de al lado?

—Precisamente.

Sam se sintió tan aturdido al saber esta noticia que se vió obligado á asirse al talle de la joven para sostenerse.

—¡Conque es la puerta de al lado! Y yo que traigo un mensaje y he estado todo un día buscando los medios de dar con ella.

—¡Ah! — dijo María, — no podéis darle el recado ahora. No se pasea en el jardín hasta la tarde, y no sale nunca sin la vieja.

Sam meditó durante algunos minutos, y al fin escogió el siguiente plan. Resolvió venir por la tarde, en la cual Arabella paseaba irremediamente. Siendo introducido por María en el jardín de la casa, encontraría medios de escalar el muro, valiéndose de las ramas de un inmenso peral que le impediría ser visto de lejos; después daría su recado y procuraría obtener en favor de Mr. Winkle una entrevista para el día siguiente á la misma hora.

Habiendo concluido estos arreglos muy rápidamente, ayudó á María á sacudir la alfombra, por tanto tiempo olvidada.

No es una cosa tan inocente como se cree el sacudir tapices; ó por lo menos, si no hay mal ninguno en sacudirlos, es peligroso doblarlos. Cuando no se hace más que sacudirlo, cuando las dos partes están separadas por la longitud del tapiz, es una diversión de la mayor moralidad. Pero cuando se empieza á doblarlo, y cuando la distancia disminuye en una mitad y en un cuarto, y después en una octava, y así sucesivamente, si el tapiz es largo, la cosa es sumamente peligrosa. No sabemos cuántos dobles dieron á la alfombra en aquella ocasión, pero sí podemos asegurar que á cada doblez Sam besó á la doncella.

Terminadas las despedidas, Sam fué á refrigerarse á la taberna vecina. Volvió al anoecer, fué introducido por María en el jardín, y habiendo recibido de ella muchas amonestaciones concernientes á la seguridad de sus miembros y de su cuello, subió al peral y esperó la llegada de Arabella.

Esperó tanto tiempo sin verla venir, que ya empezaba á dudar, cuando sintió un ligero ruido de pasos sobre la arena, y un momento después divisó á la misma Arabella, que paseaba por el jardín con ademán abstraído.

Cuando llegó junto al peral, Sam, que deseaba indicarle suavemente su presencia, empezó á hacer diversos rumores diabólicos, semejantes á los que serían naturales en una persona atacada de un fuerte catarro.

La joven lady miró con espanto al sitio de donde partían aquellos terribles sonidos, y no disminuyéndose sus alarmas al ver un hombre entre las ramas, hubiera huído alarmando la casa, si felizmente el miedo no la hubiera privado de todo movimiento, obligándola á sentarse en un banco que cerca había.

—Se va — dijo Sam perplejo. — Es triste que estas criaturas se desmayen cuando menos falta hace. ¡Eh!

señorita... mistress Winkle, tranquilizaos.

¿Fué el nombre mágico de Mr. Winkle, ó la frescura del aire, ó algún recuerdo de la voz de Sam lo que tranquilizó á miss Arabella? Importa poco saberlo. Alzó la cabeza y preguntó con voz débil.

—¿Quién está ahí? ¿qué me queréis?

—¡Chitón! — respondió Sam subiéndose á la pared y ocupando en ella el menor sitio posible; soy yo, señorita; soy yo.

—¿El criado de Mr. Pickwick — exclamó Arabella con vivacidad.

—El mismo, señorita. Sabed que Mr. Winkle, empujado de desesperación...

—¡Ah! — dijo Arabella, acercándose más al muro.

—¡Ah! sí continuó Sam. — Creímos que sería preciso ponerle camisola de fuerza la noche última. Ha estado soñando toda la noche, y juró que si no os veía pronto, iba á... Sin duda le pasará alguna cosa desagradable.

—¡Oh! no, no, Mr. Weller — exclamó Arabella uniendo las manos.

—Eso es lo que él dice, señorita — replicó Sam friamente. — Es un hombre de honor, y en mi opinión hará lo que dice. El maniquí de los espejuelos le habló de vos.

—¡Mi hermano! — exclamó Arabella, á quien las palabras de Sam recordaban asuntos de familia.

—Yo no sé cuál de los dos es vuestro hermano. ¿Es el más sucio de los dos?

—Sí, sí, Mr. Weller; continuad, daos prisa, yo os lo ruego.

—Pues bien, señorita; todo lo ha sabido por él, y según la opinión de mi amo, si no le veis pronto, el boticario recibirá en la cabeza bastante plomo para que sea preciso conservársela en espíritu de vino.

—¡Oh! ¡Dios mío! ¿qué puedo yo hacer para evitar esas espantosas querellas?

—La suposición de un afecto anterior es la causa de todo. Haréis bien en verle.

—¿Pero dónde? ¿cómo? — exclamó Arabella. — No puedo salir sola de la casa; ¡mi hermano es tan poco razonable, tan injusto! Sé que os parecerá extraño el que yo hable así, Mr. Weller; ¡pero soy tan desgraciada!...

La pobre Arabella se puso á llorar amargamente, y Sam tomó una actitud caballeresca.

—Es posible que esto parezca extraño — continuó con gran vehemencia; pero todo lo que puedo deciros es que estoy dispuesto á hacer imposibles para arreglar este asunto, y si es preciso para ello arrojar por la ventana á cualquiera de los dos boticarios, contad conmigo.

Por lisonjera que fuera esta promesa, Arabella rehusó obstinadamente recurrir á ella, con gran admiración del heroico criado. Durante algún tiempo se negó á conceder á Mr. Winkle la entrevista pedida para él por Sam de una manera tan patética; pero al fin, y cuando la conversación iba á ser interrumpida por la llegada intempestiva de un tercero, Arabella le dió á entender rápidamente con muchas expresiones de gratitud que estaría en el jardín el día siguiente una hora más tarde. Sam comprendió perfectamente, y Arabella, después de sonreír amablemente, se retiró deprisa, dejando á Sam Weller admirado de sus encantos corporales y morales.

Sam bajó de la pared y no se olvidó de consagrar algunos minutos á sus propios intereses en el mismo departamento; después se fué derecho al hotel, donde su ausencia prolongada había ocasionado muchas suposiciones y algunas alarmas.

—Será preciso que seamos muy prudentes — dijo Mr. Pickwick, después de haber escuchado atentamente el relato de Sam, — no por nuestro propio interés, sino por el de la joven. Será preciso que seamos muy prudentes.

—¿Nosotros? — exclamó Mr. Winkle con notorio énfasis.

El tono de esta observación arrancó á Mr. Pickwick una mirada de indignación momentánea; pero fué reemplazada por una expresión de benevolencia acostumbrada cuando respondió:

—Sí, nosotros; yo os acompañaré.

—¿Vos? — exclamó Mr. Winkle.

—Sí, yo — repuso Mr. Pickwick en tono dulce. —

Al concederos esta entrevista, Arabella ha dado un paso natural, pero muy imprudente. Si estoy presente yo, que soy amigo común y bastante viejo para ser padre de uno y otro, la voz de la calumnia no podrá nunca alzarse contra ella.

Diciendo esto, Mr. Pickwick apareció muy satisfecho de su propia previsión.

Mr. Winkle se conmovió por aquella prueba de delicadeza dada por Mr. Pickwick á su joven protegida. Estrechó la mano del filósofo con un sentimiento de veneración.

—¿Vendréis? — le dijo.

—Sí — replicó Mr. Pickwick. — Sam, prepararás mi paletot, y tendrás cuidado de traer un coche al hotel, un poco antes de la hora fijada, para que podamos llegar á tiempo.

Sam se quitó el sombrero en señal de obediencia, y se retiró para hacer los preparativos de la expedición.

El coche fué puntual á la hora designada, y después de haber instalado á Mr. Pickwick y á Mr. Winkle en el interior, Sam se colocó en el asiento junto al cochero. Bajaron, como habían convenido, á un cuarto de milla poco más ó menos del lugar de la cita, y ordenando al cochero que les esperara, anduvieron el resto del camino á pie.

En aquel período de su empresa, Mr. Pickwick, con muchas sonrisas y otros signos de contento interior, sacó de su bolsillo una linterna sorda, de la cual se había provisto para aquella ocasión. Por el camino explicaba á Mr. Winkle su gran belleza mecánica, con gran sorpresa de todos los transeuntes.

—Mejor me hubiera ido si hubiera tenido una cosa parecida en mi expedición nocturna al jardín del colegio, ¿eh? ¿Sam? — dijo volviéndose á su criado, que marchaba detrás de él.

—Cosa buena cuando se conoce el modo de usarla; pero si no se quiere ser visto, creo que son más útiles cuando están apagadas.

Mr. Pickwick comprendió la excelente observación de Sam, porque puso la linterna en el bolsillo, y continuó andando en silencio.

—Por aquí, señor — dijo Sam. — Dejadme conducir. He aquí la callejuela, señor.

Entraron en la callejuela, y como era un poco obscura, Mr. Pickwick, para ver el camino, sacó dos ó tres veces su linterna, y lanzó delante un pequeño rayo de luz muy brillante, de un pie de diámetro poco más ó menos. Era cosa muy bonita, pero sólo servía para hacer más negras las tinieblas que la rodeaban.

Al fin llegaron á la gran piedra, sobre la cual Sam hizo sentar á su amo y á Mr. Winkle, mientras iba á hacer un reconocimiento y á asegurarse de que María les esperaba.

Después de una ausencia de ocho ó diez minutos, Sam volvió á decir que la puerta estaba abierta, y que todo parecía tranquilo. Mr. Pickwick y Mr. Winkle le seguían aprisa, y pronto se encontraron en el jardín. Allí todos empezaron á decir: «¡Chitón! ¡chitón!» repetidas veces; pero una vez hecho esto, nadie pareció tener idea clara de lo que había que hacer después.

—María, ¿está miss Allen en el jardín? — preguntó Mr. Winkle muy agitado.

—No lo sé, señor — respondió la doncella. — Lo mejor que podemos hacer es que Mr. Weller os suba al árbol, y entonces Mr. Pickwick tendrá la bondad de ver si alguien viene por la callejuela, mientras que vigilo al otro extremo del jardín. ¿Señor, qué es eso?

—¡Esta maldita linterna nos va á perder! — exclamó

mó Sam agriamente. — Cuidado con lo que hacéis, caballero; enviáis un rayo de luz derecho á la ventana de la sala.

— ¡No es posible!... — dijo Mr. Pickwick, apartando bruscamente la linterna. — No lo he hecho con intención.

— Ahora estáis iluminando la casa vecina.

— ¡Bondad divina! — exclamó Mr. Pickwick apartándola más.

— Pues ahora ilumináis las cuadras, y creerán que hay fuego en ellas; cerrad la tapadera. ¿No podéis hacerlo?

— Es la linterna más extraordinaria que he visto en mi vida — exclamó Mr. Pickwick, contrariado por los efectos pirotécnicos que había producido sin querer; — nunca he visto un refractor tan poderoso.

— Será demasiado poderoso para nosotros — dijo Sam cuando Mr. Pickwick consiguió tapar al fin la linterna; — ya siento los pasos de milady; Mr. Winkle, Mr. Winkle, en guardia.

— Esperad, esperad; yo quiero hablar primero; ayúdame, Sam — dijo Mr. Pickwick.

— Con suavidad, señor — dijo Sam apoyando su cabeza en la pared, y haciendo una plataforma con su espalda; subid sobre esta maceta; vamos, ahora, aupa.

— Siento lastimarte, Sam.

— No os apuréis por eso; ayudadle á subir, mister Winkle; vamos, vamos; este es el momento.

Sam hablaba aún y Mr. Pickwick había conseguido encaramarse sobre su espalda; en seguida Sam se enderezó poco á poco, y Mr. Pickwick, agarrándose á lo alto del muro, mientras Mr. Winkle le empujaba por las piernas, consiguió al fin sentarse en la cúspide.

— Querida — dijo Mr. Pickwick mirando á la otra parte del muro y viendo á Arabella, — no tengáis miedo, soy yo.

— ¡Oh! marchaos, Mr. Pickwick, yo os lo suplico; decidle que se vaya; ¡tengo tanto miedo! Mr. Pickwick, no estéis más ahí; vais á caer y á mataros.

— Vamos, querida, no os alarméis — continuó Mr. Pickwick animándola; — no hay peligro ninguno, os lo aseguro; tente firme, Sam — continuó mirando abajo.

— Todo va bien, señor — replicó Sam; — sin embargo, no estéis más de lo preciso si podéis; sois un poquito pesado.

Al fin, el sabio dejó la pluma y empezó á indagar cuál podría ser la causa natural de aquellos fenómenos.

No eran meteoros, brillaban muy bajo; no eran gusanos de luz, brillaban muy alto; no eran fuegos fátuos, ni fuegos artificiales; ¿qué podía ser? Algún fenómeno

no admirable, desconocido, que ningún filósofo conocía; alguna cosa que á él sólo estaba reservado adivinar y que debía inmortalizar su nombre. Con estas ideas, el sabio tomó la pluma y confió al papel la descripción exacta y minuciosa de aquellas apariencias sin ejemplo, con la fecha, el día, la hora, los minutos, los segundos exactos en que habían sido observadas. Eran los primeros materiales de un voluminoso tratado lleno de grandes investigaciones y profunda ciencia, que debía admirar á todas las sociedades meteorológicas de los países civilizados.

Embriagado por la contemplación de su futura grandeza, el sabio se irguió en su sillón.

La misteriosa luz reapareció más brillante que antes, danzando en apariencia de arriba abajo, de derecha á izquierda, y moviéndose en una órbita tan excéntrica como la de un cometa.

El sabio era soltero; no pudiendo llamar á su mujer para que se admirara, tiró de la campanilla é hizo venir á un criado.

— Pruffie — le dijo; — hay esta noche en el aire una cosa muy extraordinaria; ¿la habéis visto?

Y le mostró por la ventana los rayos luminosos que habían vuelto á aparecer.

— Sí, señor.

— ¿Y qué pensáis de esto?

— ¿Que qué pienso?

— Si os habéis educado en el campo, ¿sabéis cuál es la causa de esa luz?

El sabio esperaba sonriendo una respuesta negativa.

— Señor, yo creo que son ladrones.

— Sois un torpe; podéis iros abajo.

— Gracias — respondió Pruffie.

El criado se fué.

Sin embargo, el sabio estaba cruelmente atormentado por la idea de que su profundo tratado se perdiera infaliblemente para el mundo, si no ahogaba desde su nacimiento la hipótesis del ingenioso Mr. Pruffie. Se puso el sombrero y bajó suavemente al jardín, determinado á estudiar á fondo el meteoro.

Algún tiempo antes de que el sabio bajase á su jardín, Mr. Pickwick, creyendo sentir pasos, corrió hasta el fondo de la callejuela lo más aprisa que pudo para comunicar una falsa alerta, y en su carrera abrió la tapadera de su linterna sorda para no caerse. Cuando dió la alerta, Mr. Winkle saltó al muro, Arabella corrió á su casa, fué cerrada la puerta del jardín y nuestros tres aventureros andaban juntos en retirada por la callejuela, cuando les asustó el ruido que hacía el sabio

abriendo la puerta de su jardín.

—Un instante tan sólo, Sam; quiero tan sólo deciros, señorita, que nunca hubiera permitido á mi joven amigo veros de este modo clandestino, si la situación en que os encontráis le hubiera permitido otros medios; pero por miedo á que la inconveniencia de esta determinación os cause algún disgusto, he querido haceros saber que estoy presente. Nada más, señorita.

—Mr. Pickwick, os estoy muy agradecida por vuestra bondad y previsión — respondió Arabella enjugando sus lágrimas con un pañuelo.

Más hubiera dicho si la cabeza de Mr. Pickwick no hubiera desaparecido repentinamente á consecuencia de un mal paso que había dado sobre la espalda de Sam, y gracias al cual se encontró en un momento en tierra. Sin embargo, se puso en pie al momento, y diciendo á Mr. Winkle que se apresurara á terminar su entrevista, corrió al extremo de la callejuela para montar su guardia con todo el valor y el ardimiento de un joven. Mr. Winkle, inspirado por la ocasión, saltó á lo alto del muro rápidamente y se detuvo tan sólo para decir á Sam que cuidara de su amo.

—Descuidad — respondió Sam; — yo me encargo de él.

—¿Dónde está? ¿qué hace, Sam?

—¡Dios bendiga sus alpargatas! — contestó Sam mirando á la puerta del jardín. — Monta la guardia en la callejuela con su linterna sorda, como un amable Mandrin; no he visto en mi vida una criatura como esa.

Mr. Winkle no esperó á oír el elogio de su amigo; se había precipitado del muro y se había echado á los pies de Arabella, ponderando la sinceridad de su pasión con una elocuencia digna del mismo Mr. Pickwick.

Mientras estas cosas pasaban al aire libre, un caballero de cierta edad y muy distinguido en las ciencias, estaba sentado en su biblioteca, dos ó tres casas más lejos, y se ocupaba en escribir un tratado filosófico, endulzando al mismo tiempo su trabajo con un vaso de Burdeos, que residía al lado suyo en una botella venerable.

Durante las agonías de la composición, el sabio miraba algunas veces al tapiz, algunas veces al suelo, otras á la pared, y cuando ninguna de estas tres cosas le daban el grado necesario de inspiración, miraba á la ventana.

Nuestro sabio observaba con abstracción las tinieblas exteriores, cuando se sorprendió extrañamente al ver la luz muy brillante que resplandecía en el aire á poca distancia del suelo; después desaparecía y volvía á apa-

recer repetidas veces.

—¡Ah! — murmuró Sam, que marchaba delante; — mostrad la luz un segundo nada más.

Mr. Pickwick hizo lo que se le mandaba, y Sam, viendo una cabeza de hombre que se adelantaba con precaución á dos pasos de la suya, le dió con el puño un golpecito que hizo dar al sabio de hocicos contra la reja; después, habiendo realizado esta hazaña con gran prontitud y energía, tomó á Mr. Pickwick acuestas y siguió á Mr. Winkle á lo largo de la callejuela con una rapidez admirable.

—Señor — preguntó á su amo cuando llegaron al fin, — ¿habéis recobrado la respiración?

—Ciertamente — dijo Mr. Pickwick.

—Pues vamos — dijo Sam, poniendo sobre sus pies al filósofo, — venid con nosotros; hay que correr media milla; figuraos que ganáis un premio. ¡A correr!

Animado de esta manera, hizo Mr. Pickwick el mejor uso posible de sus piernas, y se puede asegurar que jamás un par de polainas negras midió el terreno con más rapidez.

El coche esperaba, los caballos estaban frescos, el camino bueno y el cochero bien dispuesto. Todos llegaron al hotel antes de que Mr. Pickwick tuviera tiempo de recobrar el aliento.

—Entrad en seguida, señor — dijo Sam ayudando á bajar á su amo, — no estéis ni un segundo en la calle después de este ejercicio. Os pido perdón, — continuó dirigiéndose á Mr. Winkle con el sombrero en la mano; — creo que no hay afecto anterior.

Mr. Winkle estrechó la mano de su humilde amigo, y le dijo al oído:

—Todo va bien, Sam, perfectamente bien.

Al oír esto, Mr. Weller se dió tres golpes en la nariz en señal de inteligencia, sonrió, guiñó el ojo y subió la escalera con una fisonomía que expresaba la más viva satisfacción.

En cuanto al sabio de la callejuela, demostró en su admirable tratado que aquellas sorprendentes luces eran efectos de la electricidad, y lo probó claramente diciendo que un relámpago resplandeciente danzó ante sus ojos cuando salió y que había sentido un choque que le había aturdido por espacio de un cuarto de hora.

Gracias á esta demostración, que llenó de estupor á todas las sociedades científicas del universo, fué considerado desde entonces como una lumbrera de la ciencia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
FIN DEL TOMO SEGUNDO
DE LA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

